

do de numerosas gentes en armas, todas dispuestas á pelear y á morir en su defensa como lo habían mostrado en cien batallas campales. La industria le sirvió como la temeridad nativa suya indudablemente al castellano héroe. Llevaba unos grillos forjados, y persuadió al cacique á ponérselos, mostrando como, hechos del metal mismo que las armaduras y las campanas, tenían el mismo poder y virtud. Ya con los grillos, le invitó á cosa del cacique indio deseada, le invitó á compartir el caballo, subiéndose tras él en las ancas y á la grupa. Ya en el caballo, le dijo como lo conducía presto á ver la campana misteriosa; y apretando los ijares al bruto sobre que cabalgaban, corrió á su campo ante un ejército enemigo, suspenso de asombro, y redujo al formidable caudillo á perpetuo cautiverio. Caonabo únicamente consideraba Guamiquina en este mundo á Ojeda, que lo había vencido y cautivado. Cuando, preso en la casa de Colón, veía pasar á este sublimado Virrey, no le hacía caso; pero, en cuanto á Ojeda vislumbraba, poníase de pie con prontitud y lo saludaba con reverencia, como dueño natural suyo por derecho de conquista y por el título de una incontestable victoria. Quiso el Almirante conducir consigo el cacique á España, y se murió éste de pena en la navegación á los tristores de un suicidio indirecto en el natural deseo de no testificar con su persona el propio deshonor y el ajeno triunfo. Su esposa, que lo acompañaba, no pudo salvarlo con su cariño, ni Colón imitar los generales romanos llevando ante sí un vencido tan poderoso antes y tan conspicuo siempre. Con todos estos medios y otros muchos, cayéndose y levantándose, unas veces errando y otras veces acertando, pacificó el Virrey la hermosa y feraz isla. Pero el regio comisario Aguado creíase capaz de hacer lo mismo con sus regios poderes; como si un oficial nombramiento pudiera proveerlo de un altísimo genio, cual se necesitaba en aquella magna obra. «Si quieres saber quién es Juanillo, dice la gente vulgar española en sus sabios refranes, dale un empleílo.» La guerra que le diera Margarit al Virrey, guerra fué de león; la

guerra que Aguado le diera, guerra fué de mosquito, pero al cabo guerra. Molestadísimo, decidió partirse á España Colón para industrial á los Monarcas por sí mismo de todo cuanto sucedía, y deshacer la red espesa de intrigas que habían urdido alrededor suyo tanto y tanto enemigo como le salieran al paso en Ultramar y en Castilla. Un horrible temporal impidióle zarpas con la debida diligencia. Las naves traídas por el pesquidor Aguado y las propias de Colón zozobraron, salvándose únicamente la *Niña*, bien que maltrecha. Durante la detención y estada, impuestas por el contratiempo al diligentísimo Almirante, súpose de unas minas tan copiosas en el río Hayna, renombrado entre los naturales por su oro puro, y en esta sazón reconocido y certificado, que se creyó el Virrey en la tierra de Ofir celebrada por Salomón y en Asia plena, según le inducía siempre á creer la natural ignorancia de su tiempo en geografía y la persistente ilusión del propio deseo. Por fin zarpó de la Isabela el 10 de Marzo, y llegó á Cádiz el 20 de Junio, en difícil navegación, durante la cual pasaron tantas hambres, que al extremo estuvieron casi de comer como los caribes carne humana. Pero con todas estas dificultades, Colón traía islas innumerables que unir al territorio nacional y perlas de nuevas glorias que engarzar en la diadema de nuestra España, merced á inspiraciones de genio profético y á porfías de trabajo tenaz que le agradecerá eternamente la humanidad y eternamente le alabará la Historia.

Cuando llegara Colón, el desabrimiento para con él de los Reyes y de la corte, que determinara el envío de Aguado, muy calmado estaba, mucho, y muy propicia su vuelta era en aquellos momentos á rectificarlo y convertirlo en amistad perdurable. Momento crítico el momento de la llegada del héroe. La política española pasaba por una de las líneas capitales que se descubren, como en las zonas del espacio, en las zonas del tiempo, y se dirigía con determinación deliberada y reflexiva por un camino bien señalado á un fin bien claro, á la supremacía

nuestra en Europa. Por desgracia, este fin divertía el pensamiento y el esfuerzo español de las exploraciones oceánicas y lo complicaba en el espantoso problema territorial europeo. Nuestro Estado español terminaba en las últimas decenas del siglo decimoquinto la Reconquista sobre los moros y comenzaba el descubrimiento de América. Su instinto de conservación debió decirle cómo tales dos hechos capitalísimos le separaban del continente, á cuyo término y fin resplandecía, y lo lanzaba sobre África, donde habíamos de coronar la vieja historia española, y sobre América, donde habíamos de comenzar la nueva. Portugal, apropiándose una parte de África, la que avecinaba principalmente á sus posesiones marinas y reencontrando las Indias orientales; mientras España convirtiendo su pensamiento, como lo muestra la expedición de Cisneros y el testamento de Isabel, á las puertas del norte de África y descubriendo las Indias orientales; Portugal y España tenían hartos que hacer por la humanidad y por la tierra para que hubieran podido tropezar en decadencia ninguna, ni marrado á su destino en la Historia. Civilizar en lo posible tres continentes: el asiático, el africano, el nuevo y recién descubierto; no cabía ni más colosal trabajo, ni más fecunda gloria. Y los pueblos que trabajan por el progreso no decaen jamás. La humanidad, al necesitarlos para su desarrollo, los coloca y luego los mantiene allá en el alto puesto indispensable al ministerio humano que deberán ejercer y al fin progresivo que deberán cumplir. Lo mismo en Asia, que en África, que en América, reservaban los designios providenciales, directores de la vida humana, un trabajo de instrucción, de esclarecimiento, de impulso hacia los grandes ideales á la península ibérica. Un viento del cielo hubiéranos impelido adelante y un empleo justo de tantas facultades múltiples, como tenemos, dádonos aquella salud interior del alma, generadora en los pueblos como en los individuos de la salud del cuerpo. Hay que decirlo en puridad. Los dos retoños de la dinastía borgoñona, reinantes en España y Portugal con las dos familias bastardas de Trastámara y Avis,

habían comprendido que los sendos ministerios de sus respectivos Estados las movían de consuno á unirse con lazos de amor entre sí, como á volverse hacia el vivaz Océano inmenso y al negro continente vecino. Después de haberse apartado con tanto estruendo y tan mutuo agravio en Aljubarrota, emprendieron y terminaron enlaces de familia y matrimonio entre sí, por lo que debían las tres coronas de Aragón, Portugal y Castilla recaer sobre una sola cabeza, como refundirse y aligarse la vida de los tres grandiosos Estados en superior unidad. Todos los principales matrimonios celebrados en tiempo de Alfonso V, de Juan II, de Manuel el Grande, de Enrique IV y de los Reyes Católicos, entre Princesas y Príncipes de las tres dinastías de España y Portugal, iban encaminados á fundir en una las tres coronas, parecidas á la Trinidad, en que, siendo tres entidades ó tres hipóstasis distintas, se identifican y unen allá en la superior unidad del espíritu peninsular, sobrepuesto siempre á todas las diferencias y aun á todas las discordias. Si los matrimonios celebrados en los tiempos últimos de la Reconquista y primeros del descubrimiento hubiesen prosperado, Portugal y España se hubieran unido, y Asia con África y América hubieran llevado desde los días del Renacimiento las hispánicas marcas en su frente, prosperando y engrandeciendo así, por maravillosa manera, la civilización universal. Pero había una porción del territorio patrio que nos llamaba sobre todo el europeo continente, y que por medio de su glorioso tratado y de su incomparable dinastía, mezclaba nuestro propio ser y vida con la vida y el ser continental; y era, lo han adivinado mis lectores, Aragón. Su corona nos trajo las tres cuestiones que complicaron la historia particular de nuestra patria con la historia universal de la vieja Europa: la dominación por Sicilia en la península italiana; la rivalidad con Francia por el Rosellón y la Cerdeña; el estado de complicaciones eternas en que vivimos con el poder temporal de los Pontífices, cuando más sacrificios ofrecíamos en aras de su poder espiritual, á causa de la posesión y herencia del reino de

Nápoles, reivindicado por la Sede Pontificia como dominio territorial propio. Cuantos critican á Fernando el Católico por la frialdad mostrada en el problema de la invención del Nuevo Mundo no entienden una palabra de política.

Puestos á mirar hacia Occidente, donde se hallaba el interés castellano, apenas comprenden cómo debía Fernando el Católico mirar al Oriente europeo, donde se hallaban los intereses de Aragón. El trabajo era, pues, complejísimo. Alejandro estuvo á Oriente siempre vuelto, y César vuelto siempre á Occidente, pues las empresas orientales de este último se redujeron á meras correrías impuestas por las guerras civiles. Si Alejandro tenía que mirar á Oriente y César á Occidente, Fernando tenía que mirar á Oriente y Occidente. Mientras Alejandro y César, héroes al modo antiguo, iban á Oriente y á Occidente uno y otro en persona, Fernando, rey al modo moderno, tenía que ir en la persona de sus enviados por medio de cédulas y rescriptos. Dos escrúpulos enormes habían de surgir por necesidad en su alma siempre que convirtiese al Nuevo Mundo sus ojos, uno de política interior y otro de política internacional. Estribaba el primero en su repugnancia invencible á crear con el Almirantazgo y el Virreinato de los Colones, un feudo ultramarino, después de haber destrozado con perfecto acuerdo tantos cismarinos feudos aquí; estribaba el segundo en la pesadumbre, por lo mucho que las empresas en el Océano le apartaban de sus empresas en Europa, y por el mucho dinero que aquellas pedían en detrimento de sus intereses europeos, los cuales, á su vez, traían aparejados excesivos y diversos dispendios. Cuando llegó de su segundo viaje Colón, estaba Fernando V embargado en una guerra con Francia por causa del Rosellón, la cual guerra debía durar con varias alternativas y treguas nada menos que dos siglos completos, y estaba Isabel embargada en aparejar la escuadra que debía llevar á Flandes la princesa D.^a Juana, prometida en matrimonio al príncipe don Felipe, hijo del emperador Maximiliano de Alemania y heredero

del Ducado de Borgoña y de los territorios flamencos y holandeses que debían traernos otra guerra de tres siglos con todas las potencias mayores del continente. Así el trabajo y el dinero prestables á regiones tan apartadas como las por Colón invencidas en el mar tormentoso les embargaba mucho la voluntad y el pensamiento políticos á los Monarcas españoles, como embargaba los dineros al erario regio apremiado por la política europea, tan enmarañada y dificultosa. Y Colón, á fin de concentrar el interés de los Reyes en su empresa, loaba con excesivos encarecimientos aquellos territorios idílicos, necesitados, á pesar del edénico carácter suyo, de un trabajo fecundante, intensísimo, y prometía oro á manos llenas, cuando exigían ellos que las regara en su reciente aparición el oro español. No hay, pues, que reconvenir á España por las dificultades con que tropezó la obra del descubridor. Ningún pueblo hubiera hecho más que hizo el pueblo español, en aquella sazón sólo, ninguno. Todo cuanto le permitían sus fuerzas, empleadas en mil trabajos, y su actividad, presa de mil conflictos, lo consagró al Nuevo Mundo, que no tué creado á una palabra milagrosa, como la primera luz bíblica, sino adherido á España con esfuerzos de un heroísmo y de un martirio, en los cuales todos por igual padecemos, conquistadores y conquistados, obedeciendo á fatalidades históricas, tan inevitables en la sociedad y en la vida, como en el universo las fatalidades físicas que no consienten excepciones, ni mitigamientos.